

nen á veces tres pies y medio de grueso: entonces bajan la tablilla los castores, cortan en declive las estacas en que estaba apoyada, y se proporcionan una salida hasta el agua por debajo del hielo. Este elemento liquido les es tan necesario, ó por mejor decir, les causa tanto placer que parece no pueden pasar sin él: á veces van muy lejos por debajo del hielo, y entonces se les coge fácilmente acometiendo por un lado la cabaña, y esperándolos al mismo tiempo en un agujero que se hace en el hielo á alguna distancia, al cual acuden precisamente para respirar. Su costumbre de tener continuamente la cola y todas las partes posteriores del cuerpo metidas en el agua, parece que ha mudado la naturaleza de su carne; pues la de las partes anteriores hasta los riñones es en su calidad, gusto y consistencia semejante á la de los animales terrestres y volátiles, y la de los muslos y de la cola tiene el olor, el sabor y todas las cualidades de la de los peces. La cola, cuya longitud es de mas de un pie de largo, de una pulgada de grueso, y de cinco ó seis de ancho, es en realidad una estremidad, una verdadera porcion de pescado unida al cuerpo de un cuadrúpedo: está enteramente cubierta de escamas, y de una piel del todo semejante á la de los cetáceos; y quitadas con un cuchillo las escamas, se ven las huellas de estas en la piel, como sucede en casi todos nuestros peces.

Los castores se reúnen á principios del verano, y emplean los meses de julio y agosto en fabricar sus diques y cabañas: hacen su provision de corteza y de madera en el mes de setiembre; y despues gozan de sus trabajos, y disfrutan los placeres domésticos. Este es el tiempo del reposo, ó mas bien la estacion de los amores. Como ya se conocen de antemano, y se han tomado cariño por el trato habitual, y por los placeres de un trabajo comun, el aparearse no es en-

tre ellos efecto de casualidad, ni de pura necesidad de la naturaleza, sino que se juntan por eleccion, y por gusto: pasan unidos el otoño y el invierno, contentos el uno del otro: nunca se separan, y bien hallados en su domicilio, no salen de él sino para dar paseos agradables y útiles, trayendo cortezas frescas, que prefieren á las secas, ó demasiado penetradas del agua: las hembras, segun dicen, están preñadas cuatro meses: paren á fines del invierno; y producen ordinariamente dos ó tres hijuelos: los machos las dejan cerca de este tiempo, y se van á los campos á gozar de las dulzuras, y de las frutas de la primavera; y aunque de cuando en cuando vuelven á la cabaña, no se detienen en ella; pero las madres permanecen allí ocupadas en dar de mamar, cuidar y criar á sus hijuelos, los cuales al cabo de algunas semanas se hallan en estado de seguirlas. Estas tambien van por su parte á pasearse, á restablecerse al aire, y á comer peces, cangrejos y cortezas nuevas, y pasan así el estío alternativamente en el agua y en los bosques. Los machos no se reúnen hasta el otoño, á no ser que las inundaciones hayan derribado su dique, ó destruido sus cabañas, pues entonces se reúnen mas temprano para reedificar, ó reparar estas obras.

Hay ciertos parages que los castores prefieren para vivir, y donde se ha visto, que despues de haberles destruido varias veces sus trabajos, volvian todos los veranos á reedificarlos, hasta que en fin cansados de esta persecucion, y debilitados por la pérdida de muchos individuos, tomaron el partido de mudar de domicilio, y de retirarse á los lugares mas solitarios. Los cazadores los buscan principalmente en invierno, porque sus pieles no están perfectamente buenas hasta aquella estacion: y cuando despues de haberles arruinado la habitacion, sucede que cogen

muchos de ellos, la sociedad, demasiado reducida, no se vuelve á restablecer, y el corto número de los castores que escapan de la muerte, ó del cautiverio, se desune y anda fugitivo: su instinto, abatido por el temor, no vuelve á elevarse nunca; y se sepultan á sí mismos y sus talentos en una madriguera, donde reducidos á la condicion de otros animales, pasan una vida tímida: ya no se ocupan sino en las necesidades mas urgentes: no ejercitan mas que sus facultades individuales; y pierden para siempre las cualidades sociales que acabamos de admirar.

En efecto, por mas admirables y estrañas que acaso parezcan las cosas que hemos espuesto, en orden á la sociedad y los trabajos de nuestros castores, nos atrevemos á decir, que no se puede dudar de su realidad. Todas las relaciones hechas en diferentes tiempos, y por gran numero de testigos oculares, convienen en los mismos hechos que hemos referido, y si nuestra relacion difiere de la de algunos de ellos, solo es en los puntos en que nos ha parecido que abultan lo maravilloso, y se desvian de la verdad á veces contra toda verosimilitud; pues no contentos con atribuir á los castores costumbres sociales, y talentos sobresalientes para la arquitectura, han asegurado que no se les podian negar ideas generales de policia y de gobierno: que formada una vez su sociedad, sabian reducir á la esclavitud á los viageros, y á los estrangeros: que se servian de ellos, para portear la tierra y la madera: que trataban del mismo modo á los perezosos de entre ellos que no querian, y á los viejos que no podian trabajar, tendiéndolos boca arriba, y haciéndolos servir de carreta para trasportar sus materiales: que estos republicanos nunca se juntaban sino en número impar, á fin que siempre hubiese pluralidad en sus consejos: que toda la sociedad tenia un presidente: que en cada

tribu habia un intendente: que tenian centinelas, establecidas para la defensa pública: que viéndose perseguidos, nunca dejaban de cortarse los testículos para satisfacer la codicia de los cazadores: que mutilados de este modo se les presentaban para moverlos á compasion, etc. Quanto mas distantes estamos de creer estas fabulas, y de admitir estas exageraciones, tanto menos podemos negarnos á dar crédito á unos hechos tan autorizados, confirmados y moralmente muy ciertos. Mil veces se han visto, revisto, destruido y trastornado sus obras, y han sido medidas, dibujadas, grabadas: en fin, lo que no deja duda alguna, y hace mas fuerza que todos los testimonios precedentes, es que los tenemos aun recientes y actuales: que subsisten algunas de estas obras singulares, y que, sin embargo de no ser tan comunes como en los primeros tiempos del descubrimiento de la América septentrional, subsisten aun en bastante número, para que todos los misioneros y los viageros, aun los mas recientes, que se han internado en las tierras del Norte, aseguren haberlas encontrado.

Todos convienen en que, ademas de los castores que viven en sociedad, se encuentran por todas partes, en el mismo clima, otros castores solitarios, los cuales arrojados de la sociedad, segun dicen, por sus defectos, no participan de ninguna de sus ventajas, ni tienen casa, ni almacen, y moran, como el tejón, en un agujero debajo de tierra. A estos castores solitarios se ha dado el nombre de *castores terrestres*; y es fácil distinguirlos de los otros, pues su piel está sucia, y tienen el pelo gastado en el lomo por la frotacion con la tierra: habitan con preferencia, como los demas castores, á orilla del agua, donde tambien suelen abrir un foso de algunos pies de hondo, para formar un pequeño estanque que llegue hasta la boca de su madriguera, la cual se estiende á veces á mas de 100

pies de longitud, y va siempre elevándose, para tener la facilidad de retirarse á lo alto, segun van subiendo las aguas en tiempo de inundaciones; pero tambien se encuentran algunos de estos castores solitarios que habitan en las tierras, bastante lejos del agua. Todos nuestros bibaros de Europa son castores terrestres y solitarios, cuya piel es mucho mas hermosa que la de los castores que viven en sociedad. Todos se distinguen por el color, segun el clima en que habitan: en las regiones mas internas del Norte son todos negros, y estos son los mas bellos: entre estos castores negros se encuentran á veces algunos del todo blancos, ó blancos con manchas pardas, y mezclados de rojo en el cuello y ancas. Conforme se van alejando del Norte los castores, se va aclarando el color de su piel: en la parte septentrional de Canadá son de color castaño oscuro, en la meridional castaño claro, y entre los illineses, amarillentos ó pajizos. En América se encuentran castores desde los treinta hasta mas de los sesenta grados de latitud austral: son muy comunes hácia el Norte, y siempre en menor número segun se va caminando al Mediodia. Lo mismo se verifica en el antiguo continente, donde solo son comunes en las regiones mas septentrionales, y muy raros en Francia, España, Italia, Grecia y Egipto. Los antiguos los conocian, y en la secta de los magos se prohibia matarlos: eran comunes en las riberas del Ponto Euxino, y aun llamaron al castor *canis ponticus*; pero probablemente estos animales no estaban bastantes tranquilos en las costas de aquel mar, que fueron muy frecuentadas por los hombres desde tiempo inmemorial, supuesto que ninguno de los antiguos habla de su sociedad, ni de sus trabajos. Principalmente Eliano, que muestra tan gran propension á lo maravilloso, y que creo es el primero que escribió que el castor se corta los testiculos para que

los coja el cazador, no se hubiera descuidado de hablar de las maravillas de su república, exagerando su talento para la arquitectura. El mismo Plinio, aquel Plinio, cuyo genio fiero, triste y sublime siempre degrada al hombre para exaltar la naturaleza, ¿se hubiera abstenido de comparar los trabajos de Rómulo con los de nuestros castores? Parece, pues, cierto que ninguno de los antiguos conoció la industria de estos animales para fabricar; y aunque en estos últimos siglos se han hallado castores establecidos en cabañas, en la Noruega y en las otras provincias mas septentrionales de Europa, y hay apariencias de que los castores antiguos fabricaban tan bien como los castores modernos, con todo, como los romanos no habian penetrado hasta aquellas regiones, no es de estrañar que sus escritores no hiciesen ninguna mención de ellos.

Muchos autores han escrito que, siendo el castor animal acuático, no podia vivir debajo de tierra y sin agua; pero esta opinion es infundada, porque el castor que conservamos vivo, habiendo sido cogido muy jóven en Canadá, y criándose siempre en casa, no conocia el agua cuando se nos remitió, y así temia y rehusaba entrar en ella; pero habiéndole una vez hundido, y detenido al pronto por fuerza en un pilon, al cabo de algunos minutos se hallaba allí tan bien que no procuraba salir, y cuando se le dejaba libre volvía á él voluntariamente con mucha frecuencia. Tambien se revolcaba en el lodo, y en el suelo mojado. Un dia se escapó, y bajó por la escalera de un sótano á las bóvedas de las canteras que hay debajo del terreno del Jardin Real, y huyó bastante lejos, pasando á nado las balsas de agua que hay en el fondo de dichas canteras; pero luego que vió la luz de las hachas que hicimos llevar para buscarle, se vino hácia los que le llamaban, y se dejó coger fácil-

mente. Es familiar sin ser cariñoso, y pide de comer á los que están á la mesa; sus instancias son de un pequeño grito lamentable, y algunos movimientos de mano: cuando le dan un bocado, le coge, y se esconde para comérsele á su placer: duerme con bastante frecuencia, y reposa sobre el vientre: come de todo, á escepcion de la carne, la cual rehusa constantemente cruda ó cocida: roe todo lo que encuentra, ropas, muebles y madera; y fué preciso poner un forro doble de hoja de lata al tonel en que le trasportaron.

«He visto, dice Mr. Ralm, castores en América, tan domesticados, que los enviaban á pescar, y traian la pesca á su dueño.

«Tambien he visto algunas nutrias tan habitadas con los perros y con sus amos, que los seguian, los acompañaban en los barcos, saltaban al agua y á poco tiempo volvian con pescado.»

«Vimos, dice Mr. Gmelin en una aldea de Siberia, un castor que criaban en una casa, y al cual manejaban como querian. Me aseguraron que este animal solia hacer viages muy largos, y robaba á otros castores las hembras, las cuales traia á la casa y que pasado el tiempo del celo, ellas se volvian solas sin que nadie las condujese.»

Los castores habitan con preferencia en las márgenes de los lagos, de los rios y de otras aguas dulces, aunque tambien se hallan á la orilla del mar; pero esto es principalmente en los mares septentrionales, y sobre todo en los golfos mediterráneos en que entran rios caudalosos, y cuyas aguas son poco saladas. Son enemigos de la nutria, y la persiguen sin dejarla vivir en las aguas que ellos frecuentan. La piel del castor es aun mas bella y felpuda que la de la nutria, y consta de dos especies de pelo, el uno mas corto, pero muy espeso, fino como el vello, impenetrable al agua, y que cubre inmediatamente la piel:

el otro mas largo, mas fuerte y lustroso, pero mucho menos espeso, cubre el primer vestido, le sirve por decirlo así, de sobretodo, y le defiende de inmunidia, de polvo y de lodo. Este segundo pelo tiene muy poco valor: el primero es el que únicamente se emplea en nuestras manufacturas. Las pieles mas negras son ordinariamente las mas pobladas, y por consiguiente las mas estimadas: las de los castores terrestres son muy inferiores á las de los que viven en cabañas. Los castores están sujetos á la muda durante el verano, como todos los demas cuadrúpedos; por lo cual las pieles de los que se cogen en esta estacion tienen poco valor. La piel de los castores blancos es estimada á causa de su rareza, y las perfectamente negras, son casi tan raras como las blancas.

Pero prescindiendo de la piel, que es lo mas precioso del castor, produce tambien una materia de que se hace mucho uso en la medicina, á la cual dan el nombre de *castoreum*, y está contenida en dos grandes bolsas que los antiguos creyeron ser los testículos del animal. No haremos la descripción de ellas, ni espondremos sus usos porque se hallan en todas las pharmacopeas. Los salvages sacan, segun dicen, cierto aceite de la cola del castor, del cual se sirven como de tóxico para varias enfermedades. La carne del castor, aunque mantecosa y delicada, tiene siempre un sabor amargo bastante desagradable: aseguran que sus huesos son escesivamente duros; pero nos ha faltado proporcion de verificar este hecho, porque no hemos diseccionado mas que uno nuevo: sus dientes son muy duros, y tan afilados que sirven de cuchillo á los salvages para cortar, ahuecar y pulir la madera: tambien se visten de pieles de castor, llevando el pelo hácia la carne durante el invierno; y estas pieles penetradas del

sudor de los salvages, son las que se llaman *castores grasientos*, de los cuales no se usa sino para obras muy toscas.

El castor se sirve de los pies delanteros como de manos, con una industria, por lo menos igual á la de la ardilla; pues tiene los dedos de ellos bien separados y divididos, al paso que los de los pies traseros están unidos entre sí con una fuerte membrana: estos les sirven de nadaderas, y se ensanchan como los del pato, cuyo modo de caminar en tierra es en parte semejante al del castor. Nada mucho mejor que corre; y como sus pies delanteros son mucho mas cortos que los traseros, camina siempre con la cabeza baja y la espalda encorvada. Tiene los sentidos muy buenos, el olfato muy fino, y aun capaz de discernir los olores: parece que no puede tolerar inmundicias, ni hedor: cuando se le tiene por mucho tiempo en prision, y se vé precisado á desahogarse en ella, depone el estiércol junto á la puerta, y cuando está abierta le arroja fuera. Esta costumbre de limpieza le es natural, y nuestro castor jóven nunca dejaba de limpiar así su habitacion. A la edad de un año dió señales de entrar en calor, lo que indica, al parecer, que en este espacio de tiempo habia ya tomado la mayor parte de su incremento, por lo que la duracion de su vida no puede ser muy larga, y quizá es demasiado estenderla á quince ó veinte años. Este castor era muy pequeño para la edad que tenia, y no es extraño, habiendo estado siempre oprimido casi desde su nacimiento, y sido criado en seco, para decirlo así, sin conocer el agua hasta la edad de nueve meses, por lo que ni pudo crecer, ni desarrollarse como los otros, que gozan de su libertad, y de este elemento que parece les es casi tan necesario como el uso de la tierra.

EL MAPACHE.

Aunque varios autores han llamado *coati* al animal de que aquí tratamos hemos creído deben adoptar el nombre que se le ha dado en Inglaterra, para evitar toda equivocacion, y no confundirle con el verdadero *coati*, cuya descripción daremos en el artículo siguiente, ni tampoco con el *coatimondi*, el cual creemos no es mas que una variedad de la especie del *coati*.

El mapache que hemos tenido vivo, y conservado por más de un año, era del tamaño y figura de un pequeño tejón: tiene el cuerpo corto y grueso: el pelo suave, largo, espeso, negro por la punta, y pardo por debajo: la cabeza como la zorra; pero las orejas redondas, mucho mas cortas: los ojos grandes, de un verde que tira á amarillo: una lista negra y transversal debajo de los ojos: el hocico afilado, y la nariz algo chata: el labio inferior mas corto que el superior: los dientes como el perro, seis incisivos, y dos colmillos arriba y abajo: la cola muy poblada, tan larga, por lo menos, como el cuerpo, manchada de anillos alternativamente negros y blancos en toda su estension: los pies delanteros mucho mas cortos que los traseros, y cinco dedos en cada pie, todos armados de uñas fuertes y agudas: los pies traseros cargan bastante sobre los talones, para que el animal pueda levantarse, y sostener su cuerpo en una situación inclinada hácia adelante. Se sirve de los pies delanteros para llevar la comida á la boca; pero como sus dedos son poco flexibles, no puede asir nada, por decirlo así, con una sola mano, y se sirve de